CAPITULO I

Eran las cuatro, un viernes, y yo estaba de pie en la avenida Larco. Había terminado mis clases en el colegio, y no sabía qué hacer.

Solo quería evitar regresar a mi cuarto, por el momento.

Por aquellos años, el cine Pacífico era un refugio habitual. El lugar donde jugaba a huir de mi trabajo, de mi casa, de mí mismo. Entrar al cine, integrarme a la luz, a las caras y los cuerpos, a las sensaciones de esos dioses humanos.

Así, pues, como muchos otros viernes, pasé por la boletería y entré a la sala rápidamente.

Pasé la tarde siguiendo la historia en las imágenes. La cara de tristeza ansiosa del hombre, la sensualidad fría de la mujer que lo recibe, el encuentro de los dos en una playa, las escenas de amor, el desenlace sangriento, ambos acribillados en un bosque.

Recuerdo el golpe de viento que sentí en el pecho al salir otra vez a la calle. Era un viento inusual, que arrastraba algunos periódicos por la acera. Vi a la gente cerrando los ojos, con las manos apretadas en sus sacos y abrigos.

* * *

Eran las ocho o nueve. Di algunas vueltas por el Parque de Miraflores y las calles aledañas.

Pensé que en ese momento tenía las opciones de muchos otros viernes después del cine. Podía regresar a mi apartamento, prender la televisión y acompañarme de una botella, mirando las series de acción. La otra posibilidad era releer alguna novela que encontrara en mis estantes. Me veía en mi cuarto, rodeado de objetos que me acechaban, que tenían

algo en mi contra. Creo que la soledad es eso, sentir la opresión de las cosas que nos rodean.

Había otra opción: pasar por diferentes cafeterías y ver eventualmente a la gente que las va poblando mientras avanza la noche.

A diferencia de otras veces, me decidí por esto último. Además, en esa época, a pesar de mi sueldo de maestro, tenía un poco de dinero.

Ver gente era un modo de sentirme acompañado. En realidad, sentarme en un café, frente a un montón de comensales, era una hábito de mi curiosidad.

Me sentía fascinado por las posibilidades de sus rostros. Trataba de inventar la historia detrás de su aspecto. Me gustaba adivinar si las parejas eran casadas, si se habían conocido poco antes, si el señor solo en la mesa de la esquina con su cerveza era viudo o divorciado, si las mujeres juntas que celebraban algo se conocían desde el colegio. Las historias detrás de los rostros. La galería de pequeños destinos haciendo un alto.

Pero había más. Grupos de amigos risueños, parejas de enamorados, señores mayores con sus puros. Todos van a un café para realizar un sacramento. Elegir un plato, por ejemplo. La elección de un plato frente a la carta es un ritual. Y luego el modo de comerlo. El que se engulle un lomo con papas. La que sorbe discretamente una taza de menestrón. El que pica de una ensalada. La que devora un helado bañado en chocolate. Todos están haciendo algo distinto a comer. Se están vengando de algo.

La relación que tienen con el cigarrillo también es una confesión pública. El que fuma en pitadas largas. El que se queda cerca de la colilla y absorbe desesperadamente hasta el final. El que aplasta el cigarrillo poco después de empezar.

Me gustaba imaginar lo que esa gente había hecho antes y lo que haría después. Entretenerme con vidas ajenas era un antiguo pasatiempo mío.

Debía ir al Café Haití, un gran observatorio.

Cuando entré, un pelotón de mozos uniformados atendía frenéticamente las mesas, las bandejas rebosantes de platos y botellas. Los cuerpos se alineaban en un teatro horizontal de manos y pechos y caras. Pensé en irme pero una pareja de hombres se alzó con una rapidez

simultánea (tenían la sincronización de miembros de un comando marchando hacia algún atentado) y dejó una mesa libre cerca.

Me acomodé en el asiento. Cuando el mozo se acercó, le pedí un café y tostadas.

* * *

Entonces ocurrió algo.

La vi entrar.

No sé cómo describirla ahora, pero se me ocurre decir que era un ser sobrenatural. Si, es un modo de decirlo.

La boca delineada, la nariz como un botón, los ojos claros y húmedos. La cara arqueada en una media luna de acero. La piel muy blanca, al filo de la palidez. Una cascada de pelo negro flotando lentamente sobre los hombros. Las piernas largas que terminaban en zapatos de taco. Y una especie de temblor, eso me pareció.

Estaba parada en el centro de la cafetería. Apenas parecía sostenerse. Cuando me vio, algo se afirmó en sus ojos. Como si estuviera obedeciendo a un impulso, se acercaba a mí. Estaba a mi lado.

Todavía puedo repetir con su mismo tono de voz su primera frase:

-¿Puedo sentarme, por favor?

Yo había escuchado su voz en algún lugar. Tenía un tono sereno. Pero había un quiebre de inseguridad, casi imperceptible al final.

Asentí levemente con la cabeza. No había una sola mesa libre y, para mi sorpresa, en ese momento me sentía bien de recibir a esa desconocida. ¿No la había visto antes? Me sentía extrañamente feliz. Sobre porque era tan atractiva, pero también...

Me sentía feliz y también asustado.

Se sentó, volteó hacia la puerta, acomodó los brazos en la mesa.

-Hace frío esta noche, ¿no te parece? –susurró.

Le propuse invitarle algo y aceptó tomar una cerveza. El mozo se retiró.

Hablamos vagamente del clima y de lo poblado que estaba el café a pesar de la recesión.

De pronto esa mujer que yo no conocía conversaba conmigo con toda naturalidad. Su charla, sin embargo, estaba alterada por grandes pausas. Le pregunté su nombre. Me dijo que se había acercado a mí porque me había visto otras veces en ese mismo café. Me había visto muchas veces y siempre había querido acercarse. "A pesar de que no te conozco", agregó. "Pero te he visto."

Hizo una pausa.

-Me llamo Laura-, me dijo-.

-Soy Julián.

Me sorprendió oír mi nombre, como si no fuera yo.

De pronto puso la cabeza entre las manos.

-No sé qué hacer- agregó.

-¿Qué? ¿Qué es lo que pasa?

No me contestó de inmediato. Miró hacia la mesa del costado y luego volteó hacia mí, la cabeza apoyada en la palma de la mano.

-Creo que acabo de matar a un hombre- dijo.

El mozo se acercó con la bandeja y le sirvió una cerveza. A mí, una taza humeante y un par de tostadas con mantequilla, suavemente cortadas en triángulos.

* * *

Mi amigo y colega Carvajal me dijo un tiempo después que todo era una estrategia de ella; él no entendía lo que yo había hecho; pero eso no tiene mucha importancia ahora.

-¿Qué me dices?

-Creo que acabo de matar a alguien.

-Pero…

-Fue un accidente. El me amenazaba y yo... no sé, no pude evitarlo. Se cayó y....

Durante el silencio que siguió, jugué con la idea de levantarme en ese instante y dejarla sentada en la mesa. Habría sido fácil. Nada más

levantarse, dejar un billete al paso en caja y escapar a la calle. Pero aun cuando acariciaba la idea, sabía que iba a quedarme. ¿Cuál era mi otra opción esa noche, volver a mi casa, entrar en mi cuarto vacío, mirar televisión, dormirme con una pastilla, despertarme al día siguiente con el mismo sabor salado en la boca?

Sentía que al menos por el momento iba a quedarme y a escucharla. Como si misión fuera ésa ("mi misión", da un poco de risa decirlo así).

-No sé cómo pudo pasar –murmuró-. Ay, Dios mío, qué voy a hacer. Lo he matado.

Levanté la taza y sentí el calor del líquido en la garganta.

-¿Quién era? –pregunté.

Se quedó con las manos sobre la cara. De pronto se movió. Tengo sus ojos azules conmigo cuando me dijo:

-Tengo que volver allá.

-¿A dónde?

-Tengo que sacarlo. Por favor.

Tuve una sensación de irrealidad, como si nada de eso estuviera ocurriendo, como si yo no estuviera allí. Me parecía que me había ido a mi casa y estaba soñando lo que pasaba frente a mí. Pero en ese momento, algo ocurrió. Ella se puso de pie. El movimiento deslizó un mechón hacia un costado. Sus ojos seguían fijos en mí.

-No te pido que me ayudes, solo camina un ratito conmigo. ¿Puedes venir? Te lo suplico.

Me quedé por un instante frente a sus ojos duros como cristales. El traje rojo mostraba un pecho tenso y una cintura suave y elástica.

Tuve un resto de dignidad como para hacerla esperar. Terminé el café y hasta logré mordisquear una de las tostadas. Ella seguía de pie, mirándome. Tenía algo así como una desesperación inmóvil.

-No, no. Perdón, no te conozco. No sé de qué hablas.

Entonces ella me miró. Bajó la cabeza. Se alejó hacia la puerta.

Me acuerdo que saqué la billetera y dejé el dinero junto a la taza. Y pasé por la puerta antes que ella. Me asombro aún hoy de todo esto.

He pensado mucho en lo que ocurrió luego. Creo que se debió a que me imaginé regresando a la oscuridad de mi dormitorio. Vi la alfombra rasgada, la lámpara sucia, el armario verde de mi cuarto.

Sin saber cómo estaba caminando a su lado. ("Seguir a esa mujer", me repetía Carvajal hace poco. "Una locura tuya").

Caminamos juntos. Recuerdo el sonido de sus tacos, una serie rápida de golpes en el cemento. El ritmo de sus pisadas nos distanciaba del ruido del tráfico. Ahora pienso que si en ese momento ella hubiera dicho algo más, yo la habría dejado.

Nos detuvimos frente a un edificio. El frío me erizaba la piel. Frente a mí, había una puerta de vidrio y marcos de aluminio. Detrás, una escalera. Al fondo, una reja que daba a un estacionamiento.

Creo que las paredes junto a la puerta eran azules. Un azul desteñido, cruzado de grietas y de manchas. Recuerdo que en ese momento un microbús retumbó junto a nosotros. Era el final de la Avenida Larco, cerca del mar. No había nadie cerca.

-Puedes dejarme aquí- me dijo-. Gracias por acompañarme. Y discúlpame.

Abrió la cartera, sacó una llave y jaló de la manija.

-Voy contigo.

-No tienes que venir. Por favor, no sé qué….

Entró al edificio. La seguí por las escaleras. Llegamos a un corredor. Pensé que aún estaba a tiempo de irme. ¿Qué me esperaba allí? Me parece oír el sonido de sus pisadas y creo que todavía estoy viendo los pelos moviéndose junto a la pared. ¿Qué hacía yo allí? No sé. Pero sentía a la vez miedo y una excitación feliz y algo así como un orgullo, no sé.

Por fin llegamos a una puerta. Cuando ella la abrió, dio un paso atrás.

Tenía la cara lívida.

-No lo puedo ver –dijo.

Me decidí a entrar.

Había un mueble negro, una mesa con dos botellas vacías y las piernas de un hombre. Apenas pude verle la cara.

-¿Tienes carro? –pregunté.

-Sí. Está abajo, en el patio.

-Muy bien. Vamos.

Con los ojos cerrados, me agaché, lo tomé de los brazos y empujé hacia atrás. Para mi alivio, sentí que el cuerpo se arrastraba.

Soy un hombre fuerte. Soy un poco más alto que el promedio, y mis brazos han estado entrenados por ejercicios regulares en un gimnasio. Pero cuando empecé a avanzar con el cuerpo a mis pies, sentí que cada paso era una hazaña. Y sin embargo en ese momento, hervía de excitación. De pronto sentía un vértigo de emociones y energías, que no había imaginado.

Ella bajaba delante de mí. Yo la seguía de espaldas, sosteniendo el cuerpo de los brazos, las piernas golpeando las escaleras, la cabeza colgándome sobre los muslos. Recuerdo especialmente el roce de la tela en mis dedos.

Varias veces estuve a punto de pedirle que nos detuviéramos; luego encontraba fuerzas para seguir. Nuestros pasos resonaban interminablemente.

Era un milagro que nadie nos hubiera oído. Fue increíble que no nos hubiéramos topado con alguien en la escalera. Pero así fue.

Por fin la vi doblar hacia la izquierda. Estaba abriendo una reja. En ese instante me encontré parado en un gran patio. Era un estacionamiento, a la espalda del edificio. Había dos círculos de luces amarillas. Al fondo, un techo de calamina. Un faro junto a un charco. El polvo de llovizna nos humedecía la cara. Estábamos temblando. La hilera de carros se perdía junto a una pared. Vi que ella se estaba subiendo en un carro azul, de parabrisas grandes. Parecía un modelo antiguo.

El carro paró junto a mí y ella se bajó.

-Abre la maletera –le dije.

Levanté los brazos y soltando un gruñido dejé caer el cuerpo.

Tenía la camisa húmeda, no sabía si por el sudor o por la lluvia.

Ella me miró brevemente. Los ojos reflejaron la luz blanca del farol.

Me puse al timón y avancé el auto hacia la puerta de salida. Ella se bajó, abrió la reja y esperó a que yo avanzara. Luego la sentí deslizarse junto a mí.

Por un instante su mano me rozó.

Lo he pensado muchas veces. ¿Cómo pude manejar esa noche? ¿Cómo pude cargar el cuerpo? ¿Cómo pude ser la persona que era en ese instante?

Durante el camino, el bulto de la maletera saltaba en cada bache. Ese era el único ruido que había. A mi lado Laura miraba hacia delante, con los ojos petrificados.

En la esquina volteé. Había pensado que sería mejor ir a unos sembríos en Santa Clara, saliendo por la Carretera Central. Habíamos ido por allí de chicos en los paseos familiares.

En ese momento quise hablarle. Me sentía muy cerca de ella, y sabía que ella se sentía cerca de mí. Estábamos embarcados en un asunto riesgoso. Estábamos juntos. Esa mujer de pelo largo y ojos claros iluminados. Esa mujer y yo. Al menos por esa noche.

* * *

Solté el bulto.

Hacía frío pero ya no era la humedad sino un aire seco y duro, cortado por un coro de grillos. Estábamos junto a una zanja de tierra, cerca de un sembrío de maíz. Habíamos llegado hasta allí desde la Carretera Central. Las hojas caían largas y afiladas junto a nosotros. Empecé a escarbar con las manos. La tierra se iba haciendo cada vez más húmeda y yo movía los brazos, escarbando. El ladrido de un perro se oyó a lo lejos.

Ella se agachó a escarbar a mi lado. Trabajamos durante algo así como media hora, sin hablar. Oíamos los gritos breves provocados por el esfuerzo.

Por fin nos paramos. Allí delante, había un hueco, como del tamaño del cuerpo. Sentí las manos calientes. Entonces vi algo que nunca voy a olvidar.

Era la cara que estaba allí. Esta vez la tuve que ver de frente y durante algunos segundos. Tenía los ojos desorbitados, la boca magullada, los pelos salpicados por el horror. Lo vi como nunca voy a olvidarlo. Y me lo imaginé vivo.

Pensé que en vida había tenido el aspecto de un deportivo y cínico don Juan: bronceado, cincuentón, congelado en una risa.

-Sinvergüenza –dijo ella detrás de mí-. Maldito sinvergüenza.

No sé por qué en ese instante sentía una extraña alegría. La vi retroceder. Abrió un frasco azul y sacó una pastilla.

Entonces tuve ganas de reírme de lo bien muerto que estaba, ésa es la verdad. No lo había conocido y me sentía feliz de que hubiera muerto. Y ya pude verlo sin asco. Una sensación extraña y salvaje.

Lo levanté, le revisé los bolsillos y le encontré la billetera (tenía más de lo que yo ganaba en un mes, me acuerdo de eso). Luego lo arrastré hasta la zanja. Empecé a echarle tierra.

Después de un rato me paré sobre el montículo. Quería apisonarlo bien, que no se notara que alguien había excavado. Por fin, mis piernas cedieron. Las rodillas se me doblaban. Caí de bruces sobre la tierra. Me levanté rápidamente, con el pantalón embarrado. Ella me puso una mano en la mejilla.

-¿Estás bien? –me preguntó.

* * *

Manejé en silencio. Un perro se atravesó por el camino y se escapó apenas, al borde del auto. Las luces de la carretera volaban.

-No sé dónde ir. No puedo volver a mi casa.

-Vamos a la mía –le dije.

Un camión pasó junto a nosotros. Una gran mole de luz de paredes metálicas.

-No. Mejor déjame aquí nomás.

-¿Por qué?

-No quiero molestarte más. Si me dejas cerca de mi casa, nadie va a enterarse de que estuviste metido en esto.

-Vamos a la casa un momento.

Seguí manejando sin hablar.

Esas dos proezas, enterrar el cuerpo y después invitarla a mi casa. Vaya, vaya. La excitación en la que me encontraba esa noche.

Entramos a Javier Prado. Al llegar al Zanjón, bajé a la derecha. Estábamos yendo hacia mi casa. Ella no había dicho nada. Al voltear la vi con el pelo iluminado y los ojos fijos hacia delante.

Sin pensarlo, le cogí la mano. Estaba fría y dura. La sentí crisparse, como dudando entre apretarme o no. La tuve aprisionada hasta que llegamos al desvío.

* * *

Cuando prendí la luz de mi sala, sentí un alivio.

Esa mañana, como si hubiera adivinado lo que iba a pasar, me había esforzado en dejarla presentable. La mesa marrón se veía limpia y los dos sillones colocados uno frente al otro, aparecían fuertes y mullidos. Aunque no había limpiado el piso, la madera brillaba.

La hice pasar por delante. Era casi cómico. Un gesto de galantería entre una asesina y su cómplice. Casi estaba orgulloso. Y más tranquilo. Después del ruido y del frío de la calle, sentí el refugio de estar allí.

La vi sentarse en uno de los sillones. Estiró las piernas. Tenía la cabeza reclinada contra el espaldar. Los mechones negros se desparramaban sobre los hombros.

Fui temblando a la cocina y encontré la botella. Saqué dos vasos y los llené con hielo.

Le alcancé el vaso y pareció reanimarse antes de tomarlo.

-¿Tú crees que lo encuentren?

-Sí. Van a encontrarlo.

-¿Y?

-Al comienzo pensarán que es un robo.

-¿Por qué?

-Le saqué la billetera.

-¿Y dónde está?

-Aquí –le dije tocándome el bolsillo.

Al verla, se tapó la cara. Lloró suavemente durante algunos segundos.

-No te preocupes –dije, arrodillándome delante de ella-. No te preocupes. Todo va a salir bien ahora.

Fui al dormitorio, saqué un pañuelo y se lo alcancé. Vi su cara, iluminada por unos ojos húmedos.

Entonces sacó otra vez el frasco azul. Una tableta redonda le jugueteó por los dedos y desapareció en la boca. Yo seguía reclinado frente a ella.

-Cuéntame, si quieres –murmuré-. Digo, si te ayuda hablar con alguien.

-No, no. No te puedo contar.

-Pero háblame.

-No es nada. Estábamos discutiendo. Yo lo golpeé. Se cayó y se golpeó la cabeza- Después de una pausa agregó:- Fue un accidente.

-¿Y no podrías haberlo explicado a la policía?

-No.

-¿Por qué?

-No podía. Yo lo había golpeado. Provoqué su muerte.

Me senté en el sillón otra vez. La vi terminar el vaso. La mano le temblaba ligeramente.

Tomamos en silencio. No sé cuánto rato pasó. Sólo tengo el recuerdo de estar con ella, sin hablar. Sentí una especie de felicidad. Como hacía tiempo no sentía. Nos quedamos así. Ella, con la cabeza baja, enterrada en un punto vacío. Yo, sorbiendo tragos cortos, mirándola de vez en cuando.

En la ventana las luces del tráfico avanzaban como peces sucios iluminados. Laura de pronto dejó su vaso en el suelo. Me estaba mirando.

Fue entonces cuando ocurrió. Se puso a mi lado. Dejó caer la cabeza entre los muslos. La sentí, una corriente que salía de su cabeza y me inundaba las piernas y el vientre y me erizaba el sexo. Le acaricié el pelo. La besé

Se sentó sobre mí. Tenía los ojos inflamados. Respiraba entre largas pausas.

Nos abrazamos. Luego, tal como había hecho con el hombre, la cargué y la llevé al dormitorio. En el camino, la vi sonreír.

Ella no usaba ropa interior, y cuando el vestido se deslizó, sentí su cuerpo. Tenía una piel suave, sostenida por músculos grandes y tensos. Yo la esperaba con temor. Me sentía avasallado.

Empezó a acariciarme en la cara y en los brazos. Luego pasó sus dedos una y otra vez, una y otra vez, por los hombros y por la cabeza. Los mechones negros le cubrían el pecho, los senos asomaban delgados y firmes.

Me incorporé sobre ella, el sexo erizado, rozando la melena entre sus piernas. Me sentía aún a una cierta distancia de ella. Pero de pronto todo cambió.

La besé con una especie de abandono, como si estuviera cayendo libremente por un abismo.

Lo siguiente que recuerdo es que me estiré debajo de ella. Pasaba la lengua por su cuello. Tenía una consistencia suave, y un sabor salado y fuerte. Me senté y la sostuve encima. Sus piernas estaban erguidas y abiertas sobre mis muslos. Yo tenía las manos ceñidas a su cintura y ella se había enroscado alrededor de mí.

La sentí moverse. Luego su cuerpo se rindió. Sus brazos abrazaron el aire y cayeron en mis hombros. Sentí que me estaba uniendo a ella, entrando en ella para siempre, firmando como un pacto de por vida.

* * *

Al despertarme, había una sábana enroscada en mi cintura. Me encontré de pronto sentado en la cama. Estaba solo en el apartamento.

Cuando comprendí que Laura se había ido, atiné a pararme. Caminé por el dormitorio y la sala. Estaba buscando una nota o algo.

Miré el reloj. Eran casi las diez. Un rumor de tráfico venía de la ventana. El sol apenas brillaba.

Laura había desaparecido.

Puse en práctica mi rutina de las mañanas. Llené la olla de agua, prendí la cocina y entré al baño. El chorro me golpeaba con fuerza en la espalda y en los hombros. Me quedé allí un buen rato.

Me sequé y me vestí. Cuando volví a la cocina, derramé el agua en una taza.

En ese momento sonó la puerta. Alguien me estaba buscando.

Me acerqué. Me detuve junto a la puerta. Por un momento pensé que era la policía.

Pero cuando abrí, me encontré con la cara sonriente de Carvajal, mi compañero de trabajo en el colegio. Los bigotes le habían crecido o eso parecía. Tenía una guayabera y unos anteojos oscuros, como si volviera de la playa.

-¿Qué haces aquí? –le dije.

-Oye, ¿qué te pasa? ¿Estás asado o qué?

-No. No es eso, sino que... Discúlpame. Pasa...

Entró y se instaló como siempre, con las piernas estiradas, en el sillón. Sacó un cigarrillo.

Antes de ser profesor, Carvajal había sido policía, de la División de Homicidios. "Más tranquilo hacer preguntas para un examen que para un interrogatorio", decía a veces. Conservaba dos o tres pistolas de aquella época, y una de sus manías había sido querer regalarme una, que yo siempre rechazaba. Ese día felizmente sus intenciones eran distintas.

-Venía por el barrio para comprar –dijo-, y quería hacerte una propuesta.

-¿Cuál?

-Mi enamorada, Rosita, dice que una prima suya ha venido. Y quiere salir esta noche. Como tú estás solo, quería ver si te animabas a dar una vuelta con ella. Es muy simpática.

-¿Una prima?

-Sí.

-No. No sé. No creo.

-Vamos, hombre. Anímate. ¿Qué vas a hacer más tarde?

-No tengo ningún plan.

-Entonces vente con nosotros. Vas a pasarla bien, hombre. Además es sábado.

Tenía razón. Yo iba a seguir pensando en lo que había pasado la noche anterior. Lo razonable era salir con ellos.

-Bueno –le dije.

Carvajal sonrió.

-Ya –dijo-. Ponte bien, entonces, porque pasamos por ti a las ocho.

-¿A dónde vamos a ir?

-A cualquier sitio, a comer, a bailar. Hay un montón de cosas para hacer, compadre. No te puedes quedar aquí, pues. ¿Qué vas a hacer?

-No sé, yo no soy de salir mucho, la verdad, tú ya sabes eso.

-Ya te dije que estás muy metido en tu casa, oye. Metido en tu casa y en tu trabajo todo el día. Necesitas una mujer, compadre. Anímate.

No le contesté.

* * *

Pasé el resto del día yendo de un lugar a otro. En la mañana fui a hacer algunas compras y luego limpié el baño y la sala. En la tarde pasé a visitar a mi madre y le prometí que iría a almorzar al día siguiente.

¿Alguien podría relacionarme con la muerte de ese hombre? No podía olvidar su cara, mirándome. Pensé que Laura habría vuelto al departamento para borrar las huellas. Seguramente había lavado y limpiado el suelo y había borrado mis huellas en la manija de la puerta y en el auto.

Traté de concentrarme en mi madre y en su casa.

Hacía pocos años que la había dejado. Hasta entonces habíamos vivido en una antigua casona de Miraflores mi hermana, ella y yo. Mi hermana Dora se había casado y se había mudado cerca de ella. Yo había logrado convencerme de que era mejor vivir solo. Pero veía a mi madre con frecuencia, algunas veces después de salir del colegio, y casi siempre los domingos. Una vez al año visitábamos la tumba de mi padre en El Ángel.

* * *

Esa tarde, mientras tomábamos una cerveza en la sala de su casa, mi madre parecía muy animada. Acabo de estar con la bruja, me dijo. Me ha leído las cartas. Y me ha dicho que va a pasar algo bueno en la familia. No quería contarme al comienzo. Dice que tú vas a conocer a una chica pronto, que te vas a enamorar. A lo mejor, hijo mío. Una chica buena. Con tal que le pagues tiene
que darte buenas noticias, le contesté. No, pero es de verdad, se rió. A lo mejor antes de fin de año conoces alguna chica buena.

* * *

Cuando regresé a mi casa, quedaba poco tiempo antes de la llegada de Carvajal. Eran más de las siete. Fui al cuarto y saqué una camisa azul y un pantalón negro. Estaban por recogerme.

Recuerdo que me puse especialmente pesado esa noche. Carvajal llegó con Rosita y con su prima, una jovencita delgada, de ojos graciosos y pelo negro y corto. Alicia se llamaba.

Fuimos a tomar una copa y luego a bailar. Unas luces volaban en círculos sobre una pista roja. Bailé las dos primeras veces y luego me quedé sentado frente a Alicia, escuchándola contarme acerca de su trabajo.

Estaba diciéndome algo acerca de una oficina en la acababa de empezar. Era secretaria de un hombre muy temperamental y hacía bromas sobre él que ella misma luego celebraba. De pronto se calló y me miró.

-Te sientes mal, ¿no es cierto? –me dijo.

-Un poco, sí.

-¿Te aburres?

-No, no es eso. Es que...

-¿Qué pasa?

Entonces la cogí de la mano y la llevé al centro de la pista. Carvajal me recibió con un alarido de júbilo. Yo empecé a moverme. Seguía el

ritmo de los tambores, levantando los brazos. Frente a mí, Alicia bailaba y sonreía. Estaba radiante. La música subía de tono y Carvajal aplaudía a rabiar.

Después de eso, no recuerdo bien lo que pasó. Creo que Carvajal insistió en pagar la cuenta de todos.

Esa noche, me desvestí rápidamente y me senté sobre la cama.

Prendí la televisión, miré distraídamente una persecución policial y luego apagué.

En algún momento debo haberme quedado dormido.

Cuando me desperté pude escuchar el final de una voz. Estaban llamándome.

Oí un golpe leve. Prendí la luz. Me acerqué.

Abrí la puerta.

Sus ojos iluminados aparecieron en la oscuridad del corredor. Era ella.

Tenía un abrigo negro. La blusa roja le sobresalía en la cintura.

-Lo encontraron –murmuró.

* * *

La hice entrar. Se paró junto al sillón. Le propuse sentarse pero se negó.

-¿Cómo lo han encontrado?

-Lo estaban buscando desde la mañana. Era un hombre conocido.

-¿Conocido?

-Un guardián de la chacra lo encontró esta mañana. Vio la tierra revuelta y se puso a excavar. Avisó en una comisaría. De allí llamaron. Después se demoraron porque lo llevaron a la morgue, le hicieron una autopsia. Pero pasó lo que tú dijiste. No tenía la billetera. Pensaron que alguien le había robado.

-¿Dónde está ahora?

-En una capilla de Fátima. Vengo de allí.

-No van a averiguar nada, Laura. Van a olvidarse del asunto.

Permanecimos en silencio. Ella seguía parada. Oí un ruido de puerta a lo lejos. Alguien entraba al edificio. Un grupo pasó por el corredor dejando un reguero de carcajadas. Luego se hizo un silencio otra vez.

-¿Tú crees?

-No te preocupes –dije. De pronto me sentía verdaderamente importante.

Vi que estaba llorando. Levantó la cabeza.

-Sería mejor –contestó-, de verdad sería mejor que no nos viéramos. Pero he venido.

Me senté en el sillón, cerca de la ventana. La luz de los postes se apagó. Empezaba a amanecer.

En la calle, una sombra avanzaba metódicamente. A lo lejos el motor de un carro dio tres disparos con el escape y se perdió en un rugido furioso.

-¿Pero por qué dices que no debemos vernos?

-Porque este asunto es muy complicado. Más de lo que piensas.

-¿Pero qué tanto hay de complicado?

Caminó hasta mi lado. Se sentó, dejó la cartera a un costado y estiró las piernas.

-Yo, para empezar –dijo-... y después todo lo demás. Una historia larga.

-¿Qué pasa?

-Nada. Problemas.

-¿Qué problemas?

Encogió los hombros. Había detenido la mirada en algún punto, a lo lejos.

-Mira, de aquí todavía se ve una estrella –dijo-. Una estrella es un puntito blanco, a lo lejos, nada más. Y sin embargo es una masa de fuego.

La tomé de la mano.

-¿Tú no crees que yo podría ayudarte? –dije.

-No.

-¿Por qué no?

-Han pasado muchas cosas.

-¿Qué cosas?

-Demasiadas cosas aquí –dijo, tocándose la cabeza.

-¿Por qué te fuiste en la mañana?

Me di cuenta de que yo había levantado la voz.

-Me sentí mal.

-¿Por qué?

-Por lo que había pasado. No sé por qué te pedí que me ayudaras. Ni siquiera me conocías y me ayudaste. No quería complicarte.

Creo que en ese momento fui a la cocina y derramé lo que quedaba de una botella de vino en dos vasos. Le ofrecí uno que aceptó.

Sonrió ligeramente.

-La verdad que me encantó estar contigo anoche. Te había visto varias veces en el café. A veces, cuando te veía, pensaba que me gustaría conocerte. Por eso fui donde ti, sin pensarlo.

Me acerqué y la cogí de la mano. La senté sobre mis muslos. Nos besamos.

De pronto se apartó.

-Tengo que irme ahora –dijo-. Me están esperando.

-Quédate un rato.

-Quisiera quedarme, Julián.

Se paró. La seguí hasta la puerta.

-¿Cómo voy a encontrarte?

Sacó un papel y escribió un número. Luego me lo puso en el bolsillo.

-¿Pero por qué tienes que irte así?

-Porque así es.

-¿Por qué?

Se recogió el pelo hacia atrás y se lo anudó. Dio un paso en el corredor.

-Siguen llegando las visitas de la familia.

Al ver que yo no le contestaba, volvió a acercarse.

-No te he contado una cosa porque tenía miedo de lo que pensarías.

-¿Qué cosa?

-El hombre que maté era mi esposo. Habíamos estado casados muchos años.

Se alejó en dirección de las escaleras. Sentí sus pasos, cada vez más débiles.

* * *

Durante el resto de la madrugada dormí a intervalos. Cuando me despertaba, prendía la radio, y movía el dial buscando algún indicio de una voz humana, alguien que estuviera conmigo un rato. La última vez que me dormí, soñé con el hombre que había enterrado.

Estábamos en una playa y él corría detrás de mí. Tenía las mismas ropas oscuras y se movía torpemente. Agitaba los brazos como aspas. Unos flecos de tela le colgaban. Gritaba. Me amenazaba. A lo lejos, en el mar, Laura estaba sentada sobre un bote de madera, era un bote como de pescador. Yo corría hacia ella. Sentía el agua como un cuchillo en el estómago. Al llegar donde estaba, nos abrazábamos y nos elevábamos. Nos íbamos volando lejos del muerto que se quedaba en tierra.

Cuando me desperté, el sol me estaba dando de lleno en la cara. Me apoyé en la pared.

Después de ducharme y de vestirme, salí a comprar los periódicos. Al regresar a la casa, encontré una nota debajo de la puerta.

Cuando la abrí, me sentí aliviado. Era de mi hermana Dora. Me recordaba que teníamos una cita para almorzar en la casa de mi madre. Era domingo.

Me puse a hojear los diarios. Apenas me detenía a leer alguna noticia. Me interesaban pocas. Pero me gustaba pasar las páginas.

Al llegar la hora, me levanté y bajé las escaleras lentamente. Las carretillas de frutas se arremolinaban por la plaza y un microbús de colores oxidados voló junto a mí. Hacía sol, como rara vez, en esa época del año. El microbús se había parado en la esquina, y me esperaba. Me senté junto a una mujer joven. No era extraño que se pareciera a Laura.